

que empuja la humanidad desde los dolores de lo presente en que ella encuentra su Gólgota, hasta las glorias de lo futuro en que tendrá su Thabor.

Abraham había recibido la promesa y alimentaba la esperanza de una ilustre posteridad, y sin embargo, llegaba la vejez sin traerle hijo alguno. «Levanta tus ojos al cielo, le dice el Señor, y cuenta, si puedes, las estrellas. Así será tu descendencia.» El patriarca no tenía ménos fé en la palabra divina, que el día en el cual, por órden del Altísimo abandonó los campos de la Caldea. Saraï deploraba su larga esterilidad, que en aquellos tiempos de fé y en la sencillez de las antiguas costumbres, se tenía como un castigo del cielo; y nunca llegó á imaginarse que debiese partir con Abraham el privilegio y el gozo de revivir en sus hijos; y mas solicita aún que su esposo á que se verificasen en él las promesas del cielo con respecto á la descendencia prometida, y haciendo, por decirlo así, una generosa y espontánea abdicacion de sus propios derechos, llegó hasta aconsejarle que se desposara con Agar, su sierva, siguiendo la costumbre de aquellos siglos, en los cuales era tolerada la poligamia. Tal vez queria de otra parte consolarse así, por medio de una maternidad prestada; pero por desgracia se engañó, pues halló, por el contrario, en esta resolucion el origen de los mas amargos pesares, por cuanto se manifestaron rivalidades entre las dos esposas. Es de creer que Abraham, en la proposicion de Saraï, no vió mas que una candorosa sinceridad y rectitud de miras, y que condeendió con sus ruegos, no dudando que este pensamiento era una inspiracion del cielo. Y no se engañó el venerable patriarca; pues quiso Dios por este enlace de Abraham con una esclava, y por el hijo que de ésta habia de nacer, figurar misterios muy sublimes que se descubrieron despues. Quizá la triste Saraï, no teniendo valor bastante para resignarse, fué severa y exigente como la mayor parte de las personas heridas por la desgracia; ó puede que Agar, olvidando su condicion, se mostró imprudente ó demasiado orgullosa de su fortuna, pues iba á tener un hijo de su señor; y no tardó realmente en dar á luz á Ismael, el

duro progenitor del pueblo árabe. La rivalidad debia nacer naturalmente de la posicion en que se encontraban las dos esposas. Agar fué mujer legítima de Abraham; pero no era la primera, y tal vez la dicha de ser madre, y la esperanza de ver cumplidas en el fruto de su seno las promesas de Dios sobre la posteridad de Abraham, la hizo olvidar su inferioridad.

Pero Ismael no era el infante de la promesa. Un dia, pues, se apareció el Señor á Abraham y le dijo: «Yo soy el Dios Omnipotente, anda en mi presencia, y sé perfecto. Yo contrataré alianza contigo, y te multiplicaré hasta al infinito. Yo te haré gefe de muchos pueblos, reyes nacerán de tu linage. Mi pacto contigo y con tu descendencia, permanecerá siempre durable, y yo seré tu Dios y el Dios de tu posteridad. A tí y á tus descendientes daré en herencia perpétua la tierra por donde pasas como viajero, todo el país de Canaan.....» En efecto, se contrajo una alianza: Abraham juró por él y por su descendencia el huir de la idolatría y el obedecer á Dios con un sinceridad inviolable. El cumplió su juramento; pero su descendencia, de indómita cerviz y de corazon desarreglado, fué muchas veces llamada inútilmente al cumplimiento de sus obligaciones. Dios se encargó por su parte de dar al anciano Abraham numerosos descendientes, primicias y símbolo de esas generaciones de creyentes que debian brillar algun dia en el firmamento de la Iglesia, como las estrellas en el manto azulado de los cielos. Para añadir á sus palabras una sancion expresa, y dejar un monumento indestructible de estos hechos, cambió Dios el nombre de Abram, que quiere decir *padre elevado*, en el de Abraham, *padre de las muchedumbres*, y el nombre de Saraï, que significa *mi princesa* ó señora, en el de Sara, *la princesa por excelencia*, porque debia ser ella la madre de muchos pueblos. «Porque yo la bendeciré, continuó el Señor, y tú tendrás de ella un hijo, que yo bendeciré tambien, el cual será gefe de naciones, y de él saldrán príncipes.» Los nombres de Abram y de Sara, modificados así, encerraban esperanzas que sostuvieron la Sinagoga por espacio de veinte siglos, y que son todavía el encanto de todo el

dispersado Israel. Y en el día que nosotros hemos recogido en la fé las bendiciones que ellos proféticamente recibieron, resuenan suavemente y son gratos á todo oído cristiano, y hasta la eternidad serán pronunciados por las humanas generaciones.

Asombrados de oír cosas tan grandes, Abraham se prosternó pegando su faz contra la tierra, y sonrió en su cándida alegría, y dijo en el fondo de su corazón: «Un centenario tendrá, pues, un hijo, y Sara va á parir á los noventa años!» «Y añadió dirigiéndose al Señor: «¡Ojalá que Ismael viva delante de tí!» Como si dijera: Señor, ya que con tanta bondad me tratais, dignaos, os suplico, conservar también á mi Ismael, darle vuestra bendición santa, y hacer que sea acepto á vuestros ojos. La risa de Abraham, no era efecto de incredulidad ni de desconfianza: era una expansión natural del júbilo en que reboza un corazón sencillez y recto cuando se vé inesperadamente colmado de beneficios y de felicidad: era al mismo tiempo una sincera efusión de reconocimiento y de respeto. Las palabras que profiere no lo son de un hombre que duda del poder de Dios, sino de un santo que admira su bondad. Debemos juzgar de las acciones por las personas. Abraham en todas ocasiones dá muestras sublimes de una fé perfecta. Dios, que lee en el fondo del corazón, dá de él este brillante testimonio. Y puesto que el Señor no le reprende aquí como incrédulo ú hombre de poca fé, como lo hizo después con Sara, sería temeridad el notar á Abraham de poca fé en este lance. Sabía bien el patriarca, que Dios puede hacer florecer el Desierto, y dar algunos rayos mas á un sol de otoño. Por esto, lejos de reprenderle, como de una duda, le dice: «Un hijo te nacerá de Sara, tu mujer, y tú le llamarás Isaac: yo haré alianza con él y sus descendientes para siempre: también he oído tu súplica sobre Ismael. Le bendeciré, y haré crecer y multiplicar al infinito: será padre de doce príncipes, y lo haré cabeza de un gran pueblo. Pero mi pacto se establecerá con Isaac, que Sara debe dar á luz dentro de un año por este tiempo.» Paróse aquí la voz que hablaba, y desapareció la visión.

Es de advertir que no dejó de cumplirse la promesa del Señor en cuanto á Ismael, pues fué en realidad padre de un gran pueblo. Los árabes, descendientes de Ismael, se dividían, como los hebreos, en doce tribus, coincidiendo con las doce tribus de que fueron cabezas los hijos de Jacob.

Poco tiempo después, cuando el sol derramaba sobre la tierra los rayos abrazadores del medio día, Abraham estaba sentado á la entrada de su tienda, en el valle de Mambré. Levanta de repente los ojos por la parte del camino, y vé á tres hombres que se acercaban. Corre á su encuentro, y se postra delante de ellos hasta tocar su frente con la tierra, según la antigua y oriental costumbre de saludar. «Señores, les dice, si he encontrado gracia á vuestra presencia, dignaos aceptar la acogida que os ofrece vuestro servidor. Traeré un poco de agua para lavar vuestros piés, y descansareis un rato á la sombra de este árbol. Os serviré un poco de pan para fortalecer vuestro corazón, y seguiréis después vuestra ruta, pues tal es vuestra intención al desviaros de vuestro camino con dirección á vuestro siervo.»

Sabido es con que religiosa exactitud fué ejercida la hospitalidad entre los antiguos, y sobre todo en el Oriente, y cuán íntimas y sagradas relaciones establecía entre los hombres. Prodigábanse al viajero los mas humildes servicios con la mas viva y generosa solicitud; no se le preguntaba por su nombre hasta después de la primera comida, y al despedirse, recibía y daba algunos presentes, como en testimonio de indisoluble amistad. ¡Bellas y dichosas costumbres, que aseguraban donde quiera al extraño un pan casi tan dulce como el del hogar doméstico, y que le hacían encontrar en sus huéspedes hermanos y hermanas, imagen querida de su ausente familia! ¡Preciosas hábitos en que el corazón, cansado tal vez por la fatiga del cuerpo, hallaba siempre nuevas é imprevistas expansiones en que derramarse con todo el placer inesperado de la franqueza y de la cordialidad! Los hombres, diseminados por la tierra, se reconocían siempre como hermanos, y se trataban como amigos: todos se abrazaban mutuamente como individuos de

la gran familia humana. En el día, estas frias palabras *lo mio* y *lo tuyo* han encerrado y estrechado los corazones dentro de sí mismos. En aquellos tiempos existia la propiedad, pero no dominaba el egoismo: el corazon estaba dispuesto siempre para dar, y miraba como un deber sagrado el satisfacer todas las necesidades ajenas. Hoy día, es verdad, los derechos están mas claramente definidos, pero los deberes son ménos afectuosamente practicados. Por la fuerza de las cosas, la hospitalidad ha cesado de ser un acto de amistad fraternal para convertirse en una industria. ¿Mas era absolutamente necesario que llegase á ser tambien un cálculo de lucro, un choque de intereses que se cruzan, hasta el punto de reducir á las áridas proporciones de una especulacion lucrativa lo que los antiguos habian elevado á la altura de un deber religioso? ¿Abrega, pues, el mundo tantos impostores, que sea preciso encerrarse en un duro egoismo para no ser engañados?

Abraham desplegó aquí el carácter y uso del lenguaje propio de la caridad mas espontánea y generosa. Sin reconocer en estos personajes mas de lo que aparecian; sin esperar de ellos la mas mínima recompensa, y sin que se lo rogasen, corrió á su encuentro, saludándoles con el mas profundo rendimiento, y convidándoles á comer en términos tan expresivos y con tan vivas instancias, que tenia por una gracia y agasajo particular el que se dignasen condescender con sus deseos, como si dijera: Si yo merezco esta honra; si gustais hacerme este obsequio; si me teneis por digno de que yo reciba de vosotros esta plausible muestra de bondadosa condescendencia; ya que la providencia del Señor me ha proporcionado este feliz acontecimiento, no es justo que paseis adelante, hasta que vuestro servidor tenga el gusto y la honra de hospedaros en su casa.

En las regiones orientales los viajeros acostumbraban caminar á pié descalzo ó con sandalias, á causa del excesivo calor; por lo cual, tanto para refrescarse, como para limpiarse de la inmundicia, tenian necesidad de lavarse los piés. A los huéspedes principalmente se acostumbraba hacer este obsequio ántes de servirles la

comida, y la humildad de Abraham le obliga á ofrecerse él mismo á ejercer con los suyos un ministerio propio únicamente de los servidores ó esclavos.

Los misteriosos peregrinos cedieron á la afectuosa invitacion de Abraham, diciéndole: "Hazlo como tú dices." El patriarca entró en su tienda, y dijo á Sara: "Amasa al momento tres haces de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo." Abraham, aunque era considerado en aquellos tiempos como un príncipe y Sara como una princesa, y aunque tenia una numerosa servidumbre, queria ejercitar por sí propio la hospitalidad, y ofrecer un ejemplo á su esposa para que tambien la ejecutara. Corre presuroso á su rebaño y escoje de lo mejor que allí tenia, dando para cocer á un doméstico una tierna becerra. Ignorábanse entónces las delicadezas de la mesa; no se cuidaban de excitar el apetito por la profusa diversidad de las viandas y por el lujo de los condimentos: el satisfacer la necesidad natural de comer, no habia llegado á ser objeto del refinamiento del arte. Una vianda comun, abundante, sabrosa pero no variada, leche, becerro, tales fueron los manjares que se ofrecieron á los huéspedes de Mambré. Esto seria muy sencillo para época de refinamiento y de estudiada sensualidad, en que el precio de los objetos se mide sobre su rareza; pero fué un banquete magnífico en aquellos dias de vida moderada y frugal en la que el hombre no habia sujetado el hambre misma á los artificios de la civilizacion. Tomaron los viajeros su comida debajo de la sombra regalada. Abraham estaba en pié para servirles en lo que necesitasen, dando á su familia el mas bello ejemplo de respeto y de humildad.

En el siglo cuarto de nuestra era, mostrábase aún en Mambré un terebinto muy antiguo, que se decia haber abrigado bajo su sombra los huéspedes del gran patriarca. Todos los años, en la estacion de verano, reuniase en los campos del contorno un inmenso concurso de pueblo, atraído por la religion y el comercio: cristianos, judíos ó idólatras acudian allí de todos los puntos de la Arabia, de la Palestina y de las costas del Mediterráneo. El

emperador Constantino hizo edificar allí una iglesia. Muchas generaciones de terebintos han pasado sobre aquella tierra, con las razas humanas y las revoluciones; pero dejando siempre, por decirlo así, un heredero de su celebridad y un testimonio de los antiguos días; pues aun en nuestros tiempos un terebinto, guardado por el respeto que le prestan los siglos que se van sucediendo, señala el punto en donde los enviados del cielo visitaron á Abraham.

Porque no eran en realidad hombres estos extranjeros sentados á la mesa hospitalaria de Abraham: eran unas formas humanas habitadas momentáneamente por espíritus celestiales. Llámense ángeles; es decir, mensajeros, estos seres superiores que descenden del cielo, su luminosa patria, para informarnos de algún suceso extraordinario, y que toman al pasar, sombras visibles y palpables, á fin de ponerse en relacion con todas las exigencias de nuestra complexa naturaleza. Verdad es que Dios se revela por medio de la creacion, que es como un libro abierto delante de nosotros, y por la conciencia humana, en la cual resuena su voz con acentos ya conocidos; pero él puede revelarse personalmente de una manera directa, cubriendo con un velo sus resplandores demasiado brillantes para nuestros débiles ojos, ó bien enviarnos embajadores que traigan su secreto con fidelidad, porque son inteligentes, y con buen éxito, porque su sensible aparicion previene ó disipa nuestras dudas y nuestra incredulidad. Así es como Abraham se veia iniciado en los misterios del porvenir.

Se ha negado con harta ligereza la posibilidad de estas apariciones, por el seco y descarnado pretexto de que la razon no las admitia; causal que ha servido tambien para negar, no solo los misterios augustos de la fé, sino toda la existencia del mundo espiritual. Pero bastará la mas óbvia y sencilla reflexion para desvanecer como el humo ese miserable pretexto. Si los adelantos en el estudio de la naturaleza física, la invencion de nuevos gaces y su ingeniosa combinacion producen maravillas en la mano del hombre, de modo que se hubiera hecho increíble en un siglo lo que en otro se ejecuta con tanta facilidad, ¿quién negará al Autor Supre-

mo de estos elementos la sabiduría y el poder para combinarlos de modo que aparezcan á los débiles ojos del mortal bajo las formas mas bellas y variadas, aun sin faltar á las leyes esenciales de la materia, y por solo una combinacion oculta al limitado pensamiento del hombre? Según los sagrados expositores é intérpretes, no hay duda que los ángeles, formando un cuerpo del aire que les rodeaba y mezclando en él algunas exhalaciones que pudiesen representar unos cuerpos sólidos, colores verdaderos, y la configuracion de los miembros humanos, aparecian de este modo á los hombres, sin que éstos pudiesen discernirlo, y con la misma facilidad desaparecian. Los ángeles, pues, comieron por eleccion y voluntad, por manera que el alimento que tomaban se resolvía en un aire sutilísimo, al modo que el sol resuelve en vapores y no convierte en sustancia propia los humores que toma de la tierra. Según el águila de Hipona y el ángel de los doctores, no comieron aquellos ángeles sino en apariencia.

Siendo esta la primera vez que se hace mencion en la Escritura santa de haber tenido el hombre conversacion con los celestes espíritus ó mensajeros de Dios, no parecerá inoportuno indicar rápidamente lo que nos dice la tradicion acerca de estas puras inteligencias, el terrible cisma que desplomó del cielo una gran parte de ellas despues de creadas, y los restos de las diversas tradiciones de los pueblos primitivos que confirman la existencia de estos seres intermedios entre Dios y el hombre, ministros brillantes y ejecutores de su voluntad soberana. De otra parte nos parece cumplir así mejor nuestro objeto, que nos conduce á amenizar el relato bíblico con todo cuanto puede servir de grata é interesante doctrina.

Vamos, pues, á bosquejar con rapidez el primer crimen anterior al del hombre, de quien trajo el de éste su primera causa; primer origen de la existencia del mal, que tanto dió que pensar á los antiguos filósofos, privados de la luz de la revelacion. Como es imposible atribuir á Dios la causa del mal, veíanse reducidos á esta terrible alternativa; ó á negar á Dios perfeccion abso-

luta, suponiéndole, á lo ménos por algun tiempo autor del mal, ó á inventar un principio ó agente desconocido, rival odioso de la Divinidad, pero tan inteligente y poderoso para obrar el mal, como lo era al principio bueno para obrar el bien. Hé aquí el origen de tantos sistemas absurdos, de tantas desatinadas teorías, que no sabiendo á qué atribuir los males que inundan la tierra, hicieron cómplice de ellos á la Divinidad, la cual se fué multiplicando en otros tantos númenes, de los que unos hacian la felicidad y otros la desgracia del género humano.

Así es que las tradiciones idolátricas de todos los pueblos nos ofrecen, á mas de los númenes ó divinidades superiores, séres intermedios dotados tambien de poder para hacer bien ó mal á los hombres, mensajeros ó ejecutores de las órdenes del cielo. Los chinos honraban á los ángeles con un culto particular. Khoung-Tseu (Confucio) ha tratado de su esencia. Tsen-Sse, su nieto, lo refiere en su libro Tehoung-Young (el Invariable Medio). En la creencia de los calmuco, se oyó una voz en lo alto y era la de los *Tengris*, que no cesan de velar en los destinos de los hombres: esta voz anunció que caería una lluvia abundante..... (el diluvio). Los persis piensan que los génios subalternos tienen un poder absoluto en las cosas que Dios les ha confiado. Las diversas tribus de las orillas del Orinoco designan al demonio por un nombre propio que le da cada uno segun la energía de su lengua. Los escitas reconocian la existencia de los génios, que llamamos ángeles. Los tracios admitian tambien estas inteligencias superiores. Los getas, los masagetas, profesaban en este punto una doctrina semejante. Resulta de los relatos de Olaus Magnus y de Jornandes, que los godos tenian la creencia general sobre los espíritus invisibles. Los celtas confesaban estos génios superiores, y practicaban ritos diversos en honor suyo. En cuanto á los griegos, su culto de los dioses secundarios, ó de los semidioses, no era mas que una alteracion del dogma sobre las creencias que tenian de los egipcios, y de los traficantes de la Fenicia. El sábio Huet lo ha mostrado claramente. Tales y Pitágoras reconocian la existencia

de las sustancias espirituales que obran en nuestra esfera. Y Platon, que muchas veces menciona la doctrina general de los espíritus invisibles, llega hasta hablarnos en el *Tímico* de su ángel familiar.

No solo la existencia de los ángeles forma parte de la ciencia tradicional de los pueblos, sino tambien su rebelion y su castigo. Los habitantes de las márgenes del Mar Bermejo de América, refieren que Dios crió séres invisibles que se revelaron contra él, y que son sus enemigos, tanto como de los hombres; y les dan el nombre de engañadores mentirosos. Los californios septentrionales dicen: *El que es viviente* ha criado entes invisibles, que se han revelado contra él. Segun los hindus “se separaron de la obediencia que le debian..... dijeron entre sí: queremos mandar..... engañaron á otros ángeles, y corrompieron la fidelidad de otros varios; el Eterno les advirtió de su crimen; pero ellos, que se bisongeaban de ser independientes, persistieron en su desobediencia: el Eterno mandó entónces echarlos fuera del cielo, y precipitarlos en el *Onderah* (el infierno), para sufrir en él tormentos continuos.” “En el tiempo en que hubo una disputa y una guerra entre los ángeles y los demonios, los ángeles ganaron la victoria.”—“¿Qué diferencia va entre un *deva* (ángel) y un *davana* (demonio), amigos por la naturaleza, el uno de la justicia y el otro de la iniquidad; el uno adherido á la virtud, el otro al vicio?”—Los escandinavos admiten los ángeles (*asars*); reconocian tambien el combate que hubo entre ellos en el cielo, ántes de la existencia de la tierra.—Los árabes llaman al gefe de los ángeles malos *Iba* (el refractario), *Scheitan* ó *Satanás* (el calumniador).—El sistema religioso tibetano-mongol incluye toda nuestra enseñanza sobre la caida de los espíritus rebeldes y su eterno destierro, despues de una gran batalla, que se dió en el cielo.—Los mexicanos creian en el castigo de los malos por los demonios. Los peruanos apoyaban esta idea con un horror grande á *Satanás*, á quien llamaban *Cupay*, no nombrándole sin escupir ántes en señal de maldicion.—La culta Grecia tampoco careció de esta tradicion general. Esquiles habló de la

caída de los ángeles rebeldes despues de un combate.—Empédoles enseña que los malos demonios son castigados por el crimen que han cometido. Por fin, Eurípides, en su *Electra*, supone las pérfidas sugestionés de un génio maléfico.

Dígase ahora de buena fé, ¿en qué mito, ni en que sistema filosófico se haya resuelto ese gran problema de la naturaleza moral, sino en los fastos de la religion cristiana? No nos ocuparemos ahora en la demostracion de la existencia de aquellos espíritus, que fueron creados ántes que el hombre. Esto pertenece á la parte dogmática de la religion, en la cual no es nuestro ánimo entrar. No harémos mas que presentar con toda la energía posible lo que la fé y la ciencia nos enseñan acerca la caída de los primitivos espíritus y su consecuente depravacion, que tan funesta fué á nuestra especie.

Cuando dijo Voltaire con aquel aire de superficialidad y desprecio con que, á pesar de su talento, insultaba tantas veces el sentido comun, que la caída de los ángeles era una vieja fábula de los indios, no conocida de los judíos hasta el tiempo de Augusto y de Tiberio, léjos estaba de sospechar que esas mismas viejas fábulas de los indios y los demas pueblos orientales y septentrionales, no pasaria un siglo sin que apareciesen á la luz de la mas exacta crítica, como otros tantos vestigios de las primitivas tradiciones, y fuesen para el mundo filosófico nuevas é irrefragables pruebas de la verdad de los primeros dogmas enseñados por la única y verdadera religion, que data desde la cuna del mundo y que quedó completamente desarrollada por el cristianismo. Así es que, sin quererlo, añadió una prueba de mas de que el hecho de la caída de los ángeles era ya conocido tradicionalmente por los pueblos de la India; y, como acabamos de ver en el artículo que ha precedido, la caída del primer hombre y de la primera mujer por instigacion del espíritu maléfico ó por la astucia de la serpiente enemiga de nuestra especie, estaba extendida por todos los pueblos de la tierra. Mas la sola razon, vislumbrando apénas esta verdad tradicional por entre la densidad de los siglos, mal podia remontarse á una historia que

casi no pertenece al tiempo, esto es, á la caída de aquel espíritu pérfido, por *cuya envidia entró la muerte al mundo*, como se lee en el libro de la sabiduría, mas de tres siglos anterior al reinado de Augusto. El profeta Zacarías, el autor del libro tercero de los Reyes, el del primero de los Paralipómenos, el libro de Tobías, y por remontarnos á mayor antigüedad, el de Job, conocido por los judíos mucho tiempo ántes de la cautividad de Babilonia, y reputado por Voltaire anterior á Moisés, todos estos nos hablan del ángel rebelde, enemigo de Dios y del linaje humano. Su caída merece algunas graves reflexiones. Procurarémos, pues, que la fuerza de la imaginacion no altere en lo mas mínimo, ni la integridad de la fé, ni la doctrina de la ciencia.

Habiendo resuelto Dios desde la eternidad el fecundar la nada por un acto espontáneo de su omnipotencia, crió ante todo las celestiales inteligencias, para ser glorificado en su adoracion, en su amor y en su obediencia. Tal vez entró tambien en su designio valerse de estos allegados á la majestad de su trono, como de ministros ó mensajeros con otras criaturas inferiores, ó para hacer oír la voz de su poder á los diversos puntos de los espacios criados. Sin sondear ahora en el pensamiento eterno del Criador, lo cierto es que salieron de la nada por un acto de la voluntad divina millares de millares de inteligencias, en diversos grados de perfeccion, cuya naturaleza nos es desconocida, y de las cuales no podemos formarnos idea sino por lo que tienen de comun con nosotros, que es la inteligencia y la libertad en el momento en que fueron creadas. ¡Cómo puede el hombre conocer al ángel, si tampoco se conoce á sí mismo!

En la caída, pues, de aquellos espíritus ó de parte de ellos, nada enseña la fé que repugne á la razon y la filosofía, ántes bien, en su rápida y terrible historia reconoce el alma un fondo de verdad, y aquel poder íntimo de conviccion con que, satisfecho el entendimiento, halla un placer sublime en acatar las verdades de la religion y los misteriosos designios de Dios sobre sus criaturas. Sin chocar con ninguna contradiccion ni extravagancia, reconócese

en aquella gran catástrofe, la grandeza, la bondad, la justicia de Dios, la ingratitud, el orgullo, la demencia de su criatura. En el fondo de nuestra condicion miserable, hallamos el germen de aquella malicia que el autor del mal supo comunicar á nuestros progenitores, y de que nosotros tan sensiblemente participamos. Todo se enlaza, pues, en la historia de nuestras miserias.

Toda criatura racional y libre puede pecar; y si fuese impecable, seria un don de la gracia, mas no una condicion de su naturaleza. Solo Dios es por naturaleza impecable. Nada mas claro á los ojos de la razon. Dios es el tipo de todas las perfecciones que forman parte de su esencia. Las tiene, pues, de necesidad, y ninguna otra criatura puede tenerlas sino por voluntad de Dios. Y como ésta es tambien inseparable de la justicia, no quiere dar á nadie la fruicion de su gloria sino por premio ó corona, y no puede darse premio sin mérito. Los espíritus, pues, se hallan en este caso. Crióles Dios con pleno conocimiento del bien y del mal, y con la plena libertad para escojer, para que su amor, su obediencia y sumision fuese en ellos efecto de una eleccion libre, y un acto de mérito para hacerse dignos de la recompensa de los cielos.

Los ángeles no tenian pasiones como los hombres, que seducidos por la apariencia de las cosas, pueden engañarse en la eleccion del verdadero bien. En el hombre puede haber la ignorancia y la duda, y de ella aparece que fué capaz aun en el estado de su inocencia, cuando dijo nuestra primera madre reconvenida por Dios: *la serpiente me ha engañado*. Mas el ángel, conociéndolo todo, no podia alegar engaño ni ignorancia en su eleccion, ni arrepentirse de ella. Un acto meritorio les bastaba para fijar eternamente su destino. Tenian delante de sí el abismo de la eternidad para ser felices ó desgraciados. Escojer debian entre el reconocimiento y la ingratitud, entre la sumision y la rebeldía.

En aquel momento formidable la inmensa creacion angélica quedó dividida en dos partes aunque desiguales. Entre aquella gran multitud de espíritus, se verificó lo que debia verificarse des-

pues en la creacion material. Dios separó la luz de las tinieblas. Una gran parte de aquellos espíritus, viéndose tan bellos, osaron enamorarse de sí mismos y negar á Dios la obediencia y la sumision. Los otros, empero, obedientes, humildes, fueron confirmados en su gracia. Mientras los unos, abusando del libre arbitrio, lo convirtieron todo á sí mismos por una culpa imperdonable, los otros, ardiendo por la gloria de Dios y queriendo vindicar su justicia, rodearon como un ejército brillante el trono formidable del Altísimo. Dióse entónces aquella misteriosa batalla que describe el estático apóstol en su arcanoso libro de la *Revelacion*, y á cuya comprension no alcanza nuestro pensamiento, así como no alcanza á su pintura nuestro lenguaje. "Hubo, dice, en el cielo una gran lucha. Miguel y sus ángeles combatian contra el dragon, ó Lucifer: éste y los suyos peleaban contra aquel; pero éstos quedaron vencidos, y desde entónces no han vuelto á aparecer en el cielo." En aquel instante nació el abismo eterno para sepultar aquellas inteligencias rebeldas, mansion de privaciones y de dolor, de horror y de desesperacion, en donde las almas de los hombres que obraron la iniquidad, serán tambien arrojados para llorar eternamente y sin esperanza su perdida felicidad.

El alma del hombre, al separarse del cuerpo, se halla en el caso mismo del ángel en el momento en que fué eriado. Fijado queda para siempre su destino, porque no puede ya merecer. Hay un punto en que el Criador juzga irrevocablemente á su criatura. En los puros espíritus que, segun la opinion mas probable, pecaron luego despues del momento de ser erizados, se verificó aquel juicio irrevocable en el instante de su caída, así como se verifica en el hombre en el instante de la muerte. Hé aquí una fuente inagotable de reflexiones importantes sobre la justicia de Dios y el destino del hombre. Mas volvamos á los ángeles rebeldes.

El ángel pecó queriéndose igualar á Dios, no por equiparacion absoluta, sino por semejanza. No podia querer lo primero, pues conocia la imposibilidad de conseguirlo. No podia ser Dios sin dejar de ser lo que era: sus deseos, pues, no podian dirigirse